

PASCAL DURET
PEGGY ROUSSEL*♣*

EL CUERPO Y SUS SOCIOLOGÍAS

París: Armand Colin, 2005

Traducido por Luis Alfonso Paláu C. Medellín, octubre de 2009.

*** < Pascal Duret es profesor de sociología en la Universidad de La Reunión. Autor de los libros: *Anthropologie de la fraternité dans les cités* (PUF, 1996) y *Les jeunes et l'identité masculine* (PUF, 1999). Con Guy fue editor de *Les jeunes en difficulté*, (1996), y con P. Trabal escribió *Le sport et ses affaires* (2001). Peggy Roussel es profesora asociada de la Universidad de Rennes 2. Publicó en compañía de J. Griffet, "The path chosen by females bodybuilders: a tentative interpretation", in *Sociology of sport journal*, 17, 2000. >

5. El cuerpo entre estético y ético	41
5.1. Evolución contemporánea de las normas de belleza	42
5.2. La gordura como contraste	44
5.3 El cuerpo desnudo: de los principios estéticos a los principios morales .	46
5.4. El culturismo femenino y el dopaje: ¿hasta dónde ir para ser bella?	50
6. Cuerpos, identidades sexuadas y construcción de los géneros	
6.1. El cuerpo y la identidad masculina	53
6.2. El cuerpo en la construcción de la vida en pareja	54
6.3. Transformistas, Queers e identidades flexibles	57
6.4. El cuerpo deportivo y la socialización de género	58
6.4.1. Los cuerpos deportivos como portadores de identidad	58
6.4.2. El cuerpo femenino catexizando modelos del otro sexo	60

5. El cuerpo entre estética y ética

Las preocupaciones por la imagen de sí mismo recubren no solamente las del cuerpo en las interacción con sus códigos, sino también las que están ligadas a la belleza y a sus juicios estéticos. El cuidado del cuerpo se alía entonces con una persecución de formas consagradas como ideales o la búsqueda de una apariencia más personal.

El aparecer ofrece dos interpretaciones que ponen en tensión la expresión de la autenticidad y el camuflaje de la realidad del sí mismo íntimo. El papel de la apariencia oscila pues entre servir de vía de acceso a lo íntimo, y servir de parada protectora. En el primer caso, el cuerpo ya no es un obstáculo a la percepción de la “verdadera belleza” durante mucho tiempo considerada como interior; al contrario, la belleza debe verse a primera mirada. En el segundo, no es sino una envoltura engañosa que no dice nada de la interioridad del sujeto. Toda persona que no ignore nada de las normas estéticas puede utilizarlas en su provecho con fines de seducción, pero sin adherirse a ellas necesariamente. Las medidas corporales pueden entonces ser una manera de persuadir al otro de su belleza, sin estar uno mismo convencido, o conservando durante todo el tiempo una distancia frente a los estereotipos corporales esperados. Este trabajo sobre el cuerpo se alimenta de modelos y de cánones precisos, pero que no han borrado totalmente los juicios personales. La belleza no es por tanto mas que un asunto de recepción subjetiva del espectador, y nos parece que es difícil en nuestra sociedad evaluarla como buena, a tal punto ella da lugar a formas de reconocimiento instituido, y sobre todo a una producción de imágenes emblemáticas (los maniqués en los almacenes de moda femenina y masculina¹).

No todos somos iguales ante esta belleza “normativa”. La constatación trivial de esta desigualdad fundamental² frente a este recurso importante, deja a los sociólogos en el desconcierto al plantearles un espinoso problema de objetivación. A menudo colocados en un dilema que deja como alternativa: sea una visión donde los gustos estarían totalmente sobredeterminados, sea la caricatura inversa donde ellos escaparían a la modelización social, ellos dudan reconocerse en sus dos posiciones límites. De golpe, recursos corporales de orden estético son rara vez tomados en cuenta en sus análisis, que evitan lo más a menudo esta dificultad. No sabiendo en definitiva precisamente tener en cuenta la belleza³ (actividad de clasificación a la cual el sentido común sin embargo no ha cesado de entregarse), los sociólogos prefieren lo más a menudo hacer como si ella no tuviera ninguna importancia.

5.1. Evolución contemporánea de las normas de belleza

Y. Travaillot (1998) señala sin embargo en los treinta últimos años tres períodos característicos de las maneras específicas de concebir la belleza femenina:

¹ Por ejemplo, al lado de la tradicional prensa femenina (*Cosmopolitan*, *Biba*) se ha desarrollado recientemente una prensa especializada masculina en el mercado de los cosméticos, de la forma y de los cuidados del cuerpo (*Men's Health*). Las connotaciones homosexuales de los cuerpos presentados en portada se transforman en las páginas interiores en una incitación a una “homosocialidad”, pero esta revista se quiere generalista, y busca como lectores al conjunto de la población masculina.

² Tanto más importante cuanto que golpea incluso en fratrías de familias sin coherencia. De hecho, ninguna revolución, ni ninguna constitución ha podido abolir esta injusticia, y restituir a los hermanos más feos un poco del poder que detentaban los más bellos.

³ Excepto para hacer corresponder perfectamente sociología de la producción y de la recepción; en este caso la clasificación de las revistas de moda se vuelve también la del público.

Para el autor, el período de los años sesenta y ocho ve aparecer una nueva norma estética que celebra la mujer-niña que se impone promoviendo las imágenes tales como las del maniquí Twiggy, o de la cantante Jane Birkin. El ideal de “juvenilización” da a la delgadez exigencias nunca alcanzadas. Las boinas son desterradas pero también las redondeces de Maryline Monroe que encantaban algunos años antes. Esta búsqueda de la delgadez se dirige a las jóvenes prioritariamente y es servida por la aparición de revistas para adolescentes como *Mademoiselle âge tendre*, *Vingt ans*, *Jacinthe*, que participan en el condicionamiento estético para volverse flaca. V. Nahoum-Grappe (1995) explica cómo este modelo “terrorista” triunfa por la promesa de liberación hecha a las mujeres, pero se impuso de hecho por las nuevas “servidumbres”. La belleza como llave maestra social prohíbe en la práctica toda una serie de conductas como (en primer lugar) la de comer hasta la saciedad. El autor muestra una paradoja que con frecuencia se olvida: los años sesenta y ocho se querían “cool”, pero en materia de normas estéticas han sido por el contrario muy exigentes. Volverse, o permanecer delgado constituye un verdadero hostigamiento, un adoctrinamiento. La delgadez constituye un juicio moral a partir de aquel período; la gordura connotaba la negligencia, el descuido. Inversamente, la delgadez es sinónimo de juventud, de finura, de dominio de sí mismo.

Y. Travaillot (1998) sugiere que el comienzo de los años ochenta nos instala en un segundo período que privilegia una concepción de la belleza donde la musculatura se vuelve crucial.

Un conjunto de revistas sobre la forma sale en esos años, consagrando el cuerpo musculoso. El número 1 de la revista de mujeres deportistas *Olympe, el deporte en femenino*, aparece en agosto de 1980. Su editorial se dirige a la nueva mujer, “musculosa y deportiva”. La actuación ya no es un fin en sí mismo, sino que constituye sobre todo un medio para alcanzar un mejor estado de salud, de forma y de belleza. Encontramos la misma concepción del deporte en la revista *Vital*, creada en octubre de 1980, en la que éste no es sino un procedimiento para hacer músculo. El leitmotiv de estas iniciativas mantiene el eslogan “La forma, no las formas”. Pero el objetivo de conquistar la forma se vuelve un estilo de vida promovido igualmente en las revistas de higiene como *Santé magazine* donde se crean rúbricas consagradas a la forma por medio del deporte. Por su lado, *Le Nouveau F* titula en abril de 1982: “Seducción, triunfan los músculos”. Seguirá las revistas *Vogue Sport* en 1983 y *Physic* en 1984.

La aparición en la parrilla de programación de Antenne 2, el domingo en la mañana, de la emisión “Gym-tonic” representa otra transformación importante de los años ochenta. Véronique & Davina venden más de 600.000 casetes de ejercicios, y reciben 20.000 cartas de agradecimientos por su emisión⁴. Ante este éxito, TF1 a su vez contrata a Marie-Christine Debourse, una antigua campeona de salto alto que propone una emisión similar, pero haciendo valer su pasado competitivo; le da al *aeróbico* una connotación de “preparación física generalizada”. Canal Plus, para tratar de ganar en audiencia en la misma aspillera, va a caracterizarse confiando su emisión “Gym à Gym” a Pierre Paillard, un muchacho en un mundo de mujeres.

Otra transformación notable de este período: la multiplicación de los gimnasios que renueva la oferta de práctica deportiva. El cuerpo en estas salas es el lugar de dos morales contradictorias: “trabajo duro y serás recompensado”, y “ven acá a divertirte, encontrarás compañeros”. En la primera, el esfuerzo es la clave de la salud laica de la religión del

⁴ Fuente: *Les Cinglés de l'aérobic*, revista *Autrement*, 51, 1983.

músculo. Para mejorarse es preciso sufrir como dice el eslogan haciendo el elogio de la voluntad “ganarás el pan con el sudor de tu frente” (si no se sufre no se gana). Pero al mismo tiempo la sala es un lugar de descubrimiento de sí mismo donde, en el anonimato, se tejen relaciones de convivialidad.

Para Travailot, el tercer período comienza con los años noventa, y está caracterizado por los lazos menos intensos entre la forma, la salud y la belleza. En las secciones de salud y de deportes de los almacenes de gran superficie, los aparatos de gim<nasia> están menos presentes y se reencuentran únicamente en los almacenes de deportes. La Belleza vale por sí misma. La rúbrica “forma” de la revista *Votre beauté* desaparece en 1994, Se dota a partir del mismo año, de una rúbrica “Top model” consagrada, como su nombre lo indica, a las modelos femeninas y a la cosmética, y ya no a la gimnástica. En el recodo del milenio, se cree más en los productos milagrosos que en el *footing*. La cirugía estética y los implantes de silicona ganan terreno (se habla de 30.000 intervenciones de cirugía estética por año en Francia). El hedonismo parece que se ha vuelto de moda: ¿para qué esforzarse si se puede cambiar de silueta sin hacerlo? Por esto igualmente el impulso a los ceñidos *lifting*, que rediseñan la silueta. Paralelamente a estas tendencias se asiste a la disminución de la frecuentación de los gimnasios desde comienzo de los años noventa. La creencia en las innovaciones científicas completa, y luego la reemplaza, a la creencia en el deporte. La necesidad de encargarse no ha desaparecido, sino que se ha medicalizado. Se trata de ocuparse de sí suavemente, sin hacer otros sacrificios distintos a los financieros y sin consagrarle a ello mucho tiempo.

En el cuadro de la alimentación, la oposición entre el régimen draconiano y las comidas gastronómicas se vuelve también caduca, refutada por Bocuse, Trois gros o Guérard que inventan la cocina delgada al servicio del gusto. Montaignac escribe sus best-sellers *Como luego adelgazo* y *Cómo adelgazar haciendo comidas de negocios*. Las publicidades de los años noventa hacen el elogio de lo light, es decir del gusto y del placer, pero sin los kilos (“Poulain Light, verdaderamente succulento”, “Tallafina, es inmoral puedo atracarme de ello sin engordar”, “Effi, me regalo ligero”, “Bridel light, tanto mientras haya gusto”...).

Al término de esta periodización, la entrada de golpe en la era de la delgadez en el borde de los años setenta debe sin embargo ser relativizada. En efecto, el autor presenta una ruptura tan tajante que se siente con el derecho de asestarlo como una verdad que no tiene necesidad de ser demostrada. La evidencia misma de esta demarcación entre un antes de los años setenta en el que nuestra sociedad habría sido “lipófila” y un después, donde se había vuelto súbitamente “lipófoba” puede ser puesta en duda, como lo ha hecho C. Fischler señalando para ello continuidades y permanencias (Fischler, 1987). Según este autor, en efecto, la tesis de la reprobación bien contemporánea de la obesidad y de la promoción de la delgadez no resiste un análisis socio-histórico. Detalla entonces todos los ejercicios físicos y los regímenes destinados a luchar contra la sobrecarga ponderal desde el siglo XIX. Pero estas prescripciones conciernen de forma diferente a los hombres y las mujeres. El grosor de la corpulencia masculina fue durante mucho tiempo un signo valorizado de opulencia, mientras que las mujeres eran ya objeto de incitaciones a vigilar su peso excedentario. Lejos de ignorar la necesidad o el deseo de adelgazar, se oponen ya a la gordura. Ciertamente los criterios que separan las categorías de “flacura”, “robustez” y “gordura” se han desplazado, y el autor subraya que sin duda a mediados del siglo XX era necesario ser más graso que en la actualidad para ser calificado de “sobrepeso” y *a fortiori* “de obeso”. Pero <existe> otra fuente de relativización de los trabajos de Travailot: las

fronteras entre obeso, robusto, delgado y flaco varían también en un momento dado según las culturas. Por ejemplo, Massara (1984), utilizó en los EE. UU. una prueba fotográfica que representaba a la misma persona con grados diferentes de gordura. La población de esta encuesta estaba compuesta en parte por americanos blancos protestantes y en parte por puertorriqueños; en tercer lugar una intersección de las dos poblaciones había sido compuesta por el investigador y representaba la categoría profesional de los médicos de los unos y de los otros. Los resultados muestran que los portorriqueños consideran como normales morfologías que los estadounidenses juzgan excesivas. La variable profesional tiene menos peso que la de pertenencia cultural, pues el autor subraya que si los médicos norteamericanos son de una intransigencia superior al resto de la población de la encuesta, no deja de ocurrir lo mismo con los médicos de Puerto Rico. Estos últimos no consideran tener que señalar como obesos los cuerpos indicados como tales por sus colegas del norte.

5.2. La gordura como contraste

La gordura en nuestra sociedad <francesa> constituye un verdadero estigma. Sin embargo, los juicios que se hacen sobre los cuerpos de los “gordos” varían en función de los contextos. Por ejemplo, un gordo será considerado de manera más positiva si hace un uso casi profesional de su gordura (el mozo de mudanzas) o si uno está llevado a pensar que su robustez es una consecuencia de su dedicación profesional (el chef de cocina). Así mismo, deberá corresponder a los rasgos de personalidad esperados (el gordito jovial). Inversamente, la crítica se exagera si la actividad del “gordo” es un oficio donde la sobrecarga ponderal constituye una supuesta limitación (mesero) o una real (jockey). Los juicios despreciativos contruidos sobre la apariencia del gordo no dependen únicamente de un juicio estético depurado, sino que reposa también sobre un basamento moral. Por ejemplo, el gordo parece quebrantar la regla del reparto necesario en una forma justa del lazo social. El gordo que acapara la comida, se la traga y come “más que su parte”, representa un inaceptable deudor. Siguen ancladas en nuestras representaciones contemporáneas, y resurgen así las inquietudes que provienen de los períodos de incertidumbre alimenticia, queriendo la lógica que todo aquel que come más que otro lo perjudica.

A un nivel político, en las múltiples metáforas que utilizan la robustez y la delgadez, el gordo (el explotador) mata de hambre al flaco (el explotado), y peor aún: de él se nutre. Las imágenes repetidas en los carteles de los militantes anti-mundialización ofrecen un buen ejemplo de este pasaje imaginario de la glotonería al vampirismo. Se puede ver en ellos a los ricos países occidentales del norte alimentarse con los países pobres y enjutos del sur. A través de la imagen del grueso cuerpo masculino son pues también las cuestiones de la repartición de la riqueza las que están en juego.

A un nivel más individual, el robusto es acusado, o al menos se sospecha de que le falta “control de sí mismo”. En una sociedad donde triunfa el individualismo, la autonomía y la autenticidad de la que da testimonio el cuerpo, no se trata tanto del poder social⁵ como del dominio de sí. El cuerpo del gordo se le escapa. Ahora bien, trabajar su apariencia equivale primero a poseerse, a contener sus instintos, a tener un cuerpo que obedece. El control del apetito encarna un ideal inaccesible que entraña trastornos del comportamiento

⁵ Se asocia más a título individual (como se lo hace aún a nivel político de estado a estado) la redondez y la prosperidad; así mismo, la robustez ya no conserva ningún signo de respetabilidad.

individual frecuentemente abordados bajo el ángulo médico y psicológico, pero cuyo análisis se enriquece hoy con rejillas de lectura más sociológica.

Por ejemplo, rechazando el “Yalta epistemológico” que sitúa la anorexia mental en los territorios reservados de la psicología y de la psicopatología, M. Darmon desarrolla — como sociólogo— el análisis de la actividad de las jóvenes anoréxicas tratando de responder en un primer momento a la pregunta “¿qué hacen?”, buscando sólo en un segundo momento caracterizarlas por su pertenencia social⁶. Con referencia a los trabajos de H. Becker (1963), ella describe las diferentes etapas de la “carrera” de la anoréxica, desde el comienzo hasta la salida. La cuestión de la aparición del comportamiento no es tanto la de su datación como la de su definición. ¿Qué separa un régimen severo de una anorexia? M. Darmon señala tres modalidades de entrada en la carrera. Esta puede efectivamente comenzar por un régimen y de una manera tanto más insidiosa que el prescriptor es legítimo (el médico) o que los “acompañantes” que se apremian a las mismas obligaciones, se encuentran en el seno de la familia. Para las niñas en este caso de figura, en un primer tiempo, las restricciones no tienen nada de secreto, los actores profesionales o profanos ayudan incluso a la adquisición de las técnicas de los saberes necesarios para el adelgazamiento. En una segunda modalidad, la pérdida de peso precede al régimen; una perturbación de los hábitos alimenticios (hospitalización, viaje al extranjero, estadía deportiva) conduce a adelgazar fácilmente y dispara luego un comportamiento de compromiso con la anorexia. Finalmente, una tercera manera de comenzar consiste a no hacer solamente un régimen. El régimen alimenticio se inscribe en toda una serie de cambios simultáneos que van desde las prácticas vestimentarias hasta los hábitos de trabajo.

En todos los casos, el auto-constreñimiento del régimen —anota la autora— corresponde a una voluntad de “encargarse de sí”, para no decir: de “re-tomarse a sí mismas”. Las chicas interrogadas pueden sin embargo llegar hasta descalificar a “esas grande rubias que sólo le ponen atención a su apariencia”, pero esta distancia crítica se acompaña paradójicamente de una sumisión a las normas estéticas en vigor. Una vez la fase del compromiso pasa, es necesario continuar, es decir: lograr mantener las restricciones en el tiempo. En este segundo período, la racionalización de las técnicas y la atención prestada a las diferentes formas de evaluación del proceso son cruciales. El trabajo permanente de cálculos calóricos, los pesajes regulares, los ensayos vestimentarios, juegan como instrumentos de controles y de aliento. El conjunto de las técnicas que buscan regular la vida, instalarla en hábitos, hace menos costoso la prolongación del proceso de adelgazamiento. Este período es también aquel en el que se afinan las sensaciones ligadas a efectos del régimen como la de euforia, de liviandad, de impresión de sentirse fuerte, que todas concurren al gusto por enflaquecer.

Pero “continuar” se vuelve más difícil cuando es necesario mantener el compromiso a pesar de las alertas y de la vigilancia. El lanzador de alerta actúan bajo el golpe de la inquietud provocada sea por la visibilidad del enflaquecimiento, sea por las perturbaciones asociadas (debilidad, caída...). La anoréxica entra entonces en el circuito de los profesionales. Estos agentes tienen un triple papel: imposición de normas, etiquetaje y vigilancia. Pero al mismo tiempo que crece el número de especialistas concernidos aumenta correlativamente el número de comportamientos susceptibles de ser considerados

⁶ También acá, se trata de romper con la visión tradicional de la sociología como ciencia de complemento que —considerada como impotente para describir los procesos— sólo se la invitará a que se preocupe por el contexto social en el cual estarían los enfermos.

como inquietantes⁷. Apresada en una red cada vez más densa de vigilancia, la muchacha es llevada a dar pruebas de su astucia llegando hasta las mentiras y los engaños para continuar su actividad anoréxica.

La autora señala luego la fase en la que se encargan las instituciones médicas. Estas reivindican la toma de control del cuerpo de la anoréxica, especialmente en los casos de extremas debilidades en los que se impone la realimentación por vía intravenosa o gástrica. Aceptar esto de que se encarguen de uno entraña un cuestionamiento de la identidad que consiste por una parte en reconocerse anoréxico, y por la otra en ver acá una patología y por tanto “querer salir de ella”. La curación da lugar a dos definiciones en función de sus efectos sobre la identidad. La enfermedad puede ser considerada sea como un paréntesis, una falla pasajera, y curarse consiste entonces en regresar a la identidad anterior. Pero el paso por la anorexia puede igualmente permitir volverse lo que uno no era; la salida de la carrera construye una identidad más en ruptura que en continuidad.

Luego del estudio de la carrera, el autor va a situar estas muchachas en el espacio social. Este trabajo de posicionamiento *a posteriori* permite no ver en las calificaciones de los agentes el *alpha* y el *omega* de la explicación sociológica. Estas jóvenes pertenecen a grupos sociales que buscan una transformación de la identidad hacia arriba, por medio de un trabajo voluntarista y encarnizado tanto desde el punto de vista del cuerpo como de la cultura (escolar). La búsqueda del estado de gracia que consiste en sentirse aérea físicamente, y brillante intelectualmente, no tiene límite pues uno nunca se siente suficientemente ligero ni bastante inteligente. La restricción alimenticia testimonia pues un *ethos* ascético (Turner, 1996) que busca utilizar su cuerpo como capital de distinción y de excepcionalidad social. Trabajo de sí mismo, más que simple trabajo sobre sí, la anorexia pone pues por delante la transformación (o la confirmación) de la identidad anterior*.

5.3 El cuerpo desnudo: de los principios estéticos a los principios morales

En verano, el cuerpo desvestido pasa por un cuerpo liberado, pero se trata en realidad de una “liberación” relativa y reglamentada. En efecto, de una sociedad a la otra, las fronteras del pudor se desplazan y no se ofrece a la mirada pública aquí o allá las mismas partes de su cuerpo. Mientras que el uso del *fio dental* es considerado como osado en Francia, mostrar sus nalgas no tendrá el mismo atrevimiento erótico en el Brasil. La belleza en la playa mezcla placer, deseo y estética. Se experimenta en las diferentes miradas

⁷ Incluso el trabajo escolar —actividad sin embargo ordinariamente valorizada— puede ser considerada a través de una rejilla de lectura médica como una “superactividad escolar”.

* Presentando su conferencia “Anorexia y deseo mimético”, René Girard escribe: “¿Por qué la anorexia golpea más a unas mujeres que a otras? Los individuos están más o menos dispuestos a las rivalidades, tanto en el caso de la flacura como en otros dominios. Las mujeres anoréxicas quieren ser campeonas de su categoría. Ocurre lo mismo en el mundo de las finanzas. La diferencia es que, el deseo de ser más rico que los otros, no aparece como patológico. Por el contrario, el deseo de ser más delgado —si es llevado al extremo— tiene efectos funestos visibles en el plano físico. Pero una vez que una chica es anoréxica, eso significa que escogió ese dominio de competencia, y es difícil abandonarlo antes de obtener la victoria; sería como renunciar al campeonato. El resultado final es trágico en los casos extremos, pero esto no nos debe hacer perder de vista que la obsesión de flacura caracteriza a toda nuestra cultura; no es nada que distinga a esas jóvenes. [...] El imperativo que empuja a esas mujeres a dejarse morir de hambre viene de toda la sociedad. Es un imperativo unánime. Desde este punto de vista pues, está organizado como un sacrificio. Y el hecho de que sea inconsciente muestra —de manera bastante espantosa— que hay una especie de regreso al arcaísmo en nuestro mundo”. Dada la importancia del texto, presento como anexo mi reciente traducción (n. de Paláu)

(concupiscentes, envidiosas, indulgentes, reprobadoras...) que suscita el cuerpo. La playa da pues lugar a una tolerancia equívoca donde “la boca proclama la libertad de que cada quien actúa como se le da la gana, mientras que los ojos sancionan” (Kaufmann, 1995: 209). Más que en cualquier otra parte, en la playa el cuerpo es mirado, al mismo tiempo que cada uno puede tener el doble papel de espectáculo y de espectador. Difícil pues afirmar —como lo sugiere el título de la obra que J.-C. Kauffmann consagra a los senos desnudos en las playas (*Cuerpos de mujeres, miradas de hombres*)— que exista una estricta separación de los papeles⁸. En la playa, contrariamente al museo o a la galería de arte, los que exponen su cuerpo y los que los juzgan son los mismos.

La extrema trivialización de los senos desnudos tiende a hacer inscribir la práctica del monokini en el rango de las adquisiciones de los años setenta en provecho de la “liberación” del cuerpo. Para el autor, el rebajamiento de las fronteras del pudor no tiene siempre la misma significación: para las madres de familia (afectadas de indisponibilidad sexual) corresponde únicamente a una transposición en público de hábitos privados, mientras que para las mujeres solas o las adolescentes, puede servir de llamado al encuentro. Pero, se trata de evitar un contrasentido que tiene que ver con el proceso de civilización; esta práctica no es ni el signo de una sociedad sin constreñimientos, ni del debilitamiento del auto-control. En efecto, el autor muestra que la libertad reivindicada implica respetar estrictas maneras de actuar.

Sin embargo se afirma una triple ruptura: por una parte, es la mujer (y ella sola) la que decide “llevar monokini” o no; por otra parte, la perfección de los rasgos supone menos la de las virtudes; tercero, las normas de conductas que prohíben mirar los senos hacen sitio en los hombres a morales personales que minimizan la falta. En este desplazamiento de las normas, la mujer ganó en autonomía, y la belleza del cuerpo en independencia. En la muestra humana estudiada por Kaufmann, maridos o compañeros se reencuentran muy mayoritariamente —al hablar de la práctica de su conyugue— en la idea de que “es su cuerpo, ella hace con él lo que se le antoje”. El principio de propiedad⁹ no deja ya ningún sitio a la discusión. Por otra parte, la convergencia de lo bello y del bien no ha desaparecido totalmente, pero las últimas resistencias a la propagación generalizada de los senos desnudos remiten a un juicio estético erigido en normas morales. El límite de lo mostrable ya no es el de un puritanismo anticuado, sino el de una estética terrorista. La falta ya no está en la conducta sino en la distancia a las normas morfológicas. Nos regocijamos tanto más de nuestra libertad de costumbres en tanto que la mujer mirada sea joven y bella; pero si ella es más vieja y menos bonita, resurgen acusaciones como “es preciso saber detenerse”, “algunas exageran a jugar a ser eternas lolitas” (Kaufmann, 1995: 97). Los senos desnudos avivan pues también la percepción del envejecimiento y de lo que él prohíbe. La edad es un factor determinante de detención de esta práctica. Los cuerpos viejos o deformes atraen la atención como contra-modelos; sus estigmatización es una manera de rendir homenaje a los cánones de belleza de los cuales ellos se alejan. La

⁸ Por esto sin duda también una cierta artificialidad en la separación entre una sociología de la recepción — que busca calificar los juicios estéticos a través de los criterios de edad, de sexo y las propiedades sociales de los “que miran”— y una sociología de la producción de los gustos.

⁹ Esta visión moderna de la propiedad de la mujer sobre su propio cuerpo es evidente en la actualidad, pero los trabajos histórico de Georges Vigarello sobre el cuerpo recuerdan que hasta el siglo XVIII la violación se llamaba “raptó con violencia”, y que era considerada ante todo como una afrenta a los bienes sea del padre sea del marido, propietarios que eran considerados como las primeras víctimas. Sólo progresivamente en el curso del siglo XIX se va a transformar la conciencia jurídica.

celebración de lo bello tiene necesidad de diferencias vergonzosas, de cuerpos horrorosos. Si para la mujer segura de su belleza, la insistencia de las miradas no es interpretada como una incitación a que se vuelva a vestir sino como un homenaje admirativo, inversamente para la mujer teniendo una débil estima estética de sí, las miradas arriesgan con ser percibidas como reprobadoras.

La tradicional competencia social en vacaciones (del que busca salir victorioso de la comparación en los bronceados) no ha desaparecido, sino que se ha hecho más compleja. No es suficiente ya con estirar el brazo y colocarlo al lado del de su vecina para compararse con ella. Todas las partes del cuerpo entran en juego en la evaluación. Conviene evitar “las villanas marcas blancas” de las huellas dejadas por el vestido de baño. Para resolver la contradicción entre las alertas frente a los riesgos médicos de la exposición de los senos, y la preocupación estética que busca prolongarla, la escogencia de las cremas solares —suficientemente protectoras al comienzo de la estadía, suficientemente bronceadoras al final— se vuelve esencial. Pero untarse abundantemente crema (“embadurnarse”) supone discreción y rapidez, cuando el tratamiento concierne los senos. Para desactivar el potencial erótico de la situación, el ritual exige brevedad y determinación. Los propios movimientos oscilan entre los bordes de una doble obligación: si son demasiado enérgicos pueden implicar bamboleos prohibidos, si son demasiado lentos pueden parecer lascivos por equívoco.

Kaufmann ofrece una rejilla de lectura de la práctica de los senos desnudos portadora de tres perspectivas: la de la banalización, fuente de invisibilidad (“si todo el mundo lo hace se vuelve algo que ya nadie nota”); la de la sexualización —actitud que las mujeres toman prestada de los hombres, en particular de una cierta edad (“los viejos verdes”¹⁰)—; el esteticismo, siendo la búsqueda de lo bello una manera de reciclar la pulsión sexual como emoción estética (el hombre ya no estaría en la posición de concupiscencia sino en la del esteta).

En todos los casos, llevar los senos desnudos no corresponde a una libertad sin contrapartida; conviene escoger su emplazamiento y controlar sus actitudes. Cuando llegan a la playa, las mujeres localizan pues la zona favorable, aquella donde la proporción de senos desnudos es más importante (lo que disminuye la presión normativa de llevar vestido de baño). Deben luego escoger la distancia de colocación con respecto al mar. Instalarse en el borde la orilla tiene la ventaja de acortar la duración del trayecto para ir a bañarse (por tanto el tiempo en el que uno se ofrece de pie a las miradas), pero presenta igualmente un inconveniente: el de situarse directamente bajo el ojo de algunos hombres que recorren a paso largo la playa a lo largo del agua. La comodidad corporal se lee desde el gesto inicial que consiste en quitar el tee-shirt, retirar la parte alta del bikini o desabrochar el brasier. La informalidad no es sinónimo de abandono e implica la discreción. Por ello la premura más o menos marcada por adoptar la posición estirada por el piso, en buena parte porque los senos son entonces menos visibles, y sobre todo menos móviles. Una vez de pie, por el contrario, ellos toman volumen.

Para las que se arriesgan a practicar una actividad física en monokini (fresbee, volley-ball), los senos desnudos deben beneficiar de una especie de derogación concedida

¹⁰ El estudio de Kaufmann padece sin embargo de una falta de simetrización. Hubiera sido interesante escuchar las justificaciones de los llamados “viejos verdes”, como aquella de la inversión que quiere que sean los senos los que atraen las miradas, que son ellos los que de algún modo llaman al espectador, y no éste el que viola una intimidad.

por criterios estéticos (duplicados parcialmente por criterios de edad) y por el dominio técnico de la actividad. Con su aumento de tamaño, los senos atraen inevitablemente la mirada. Todavía aquí la norma estética sirve al juicio moral. El monokini para los senos grandes móviles y rebeldes a la trivialización está condenado, en la medida en que él antepone el cuerpo sexual que los usos de la playa quieren reprimir. La captación de la mirada es tanto más considerable cuanto que los senos salen de las normas morfológicas. Se plantea entonces la cuestión del estatuto del seno de silicona. Pueden ser denunciados según tres argumentos: por una parte, como un artificio; segundo como un impudor; tercero, desde el punto de vista estético. Como artificios, están sancionados como una mentira que conduce a hacer creer en una ilusión. Su estatuto es próximo del retocado en fotografía, el deseo de idealizar la apariencia se impone sobre cualquier otra consideración. Ahora bien, la libertad ganada por quitarse el vestido de baño saca sus justificaciones de la simbiosis del cuerpo y de la naturaleza; si se trata de exponer un artificio, la experiencia pierde su justificación. De repente, la frontera ya no pasa únicamente entre las que conservan el bikini y las que se lo quitan, sino entre las que pueden llamarse auténticas y los que no lo pueden hacer. Como impudor, los senos siliconados entran en la categoría de los senos grandes apetitosos (aunque su firmeza aniquile las críticas sobre la movilidad). Como falta de gusto, son juzgados lo más a menudo por mujeres “feas”, por “villanos”, no únicamente como “grandes” sino también como “enormes”, “monstruosos”. Mientras que se enuncia con un tono crítico, tales calificativos remiten lo más a menudo por su desmesura, a la certidumbre para los muchachos “de que con tales pechos hay algo que hacer”. No es cuestión de estética pura por fuera de su contexto. También se interpone entre las mujeres que se entregan a la mamoplastia, y la comunidad de las miradas masculinas, la mediación de las imágenes de las estrellas inevitables sobre las pantallas y en las revistas, como Vanessa Demouy, Ophelia Winter, Pamela Anderson, Adriana Karembeu, o también Loana, la de *Loft story*. Esta cirugía estética encuentra a menudo su justificación en un deber de seducción. El esfuerzo financiero así como el dolor aceptado son frecuentemente consentidos por otro: se trata de un sacrificio amoroso o a la espera del amor. La cirugía mamoplásmica¹¹ —aunque aporte la certidumbre de estar conforme con los modelos en boga— puede ser criticada a nombre de la sumisión a los deseos masculinos¹². Sin embargo, el atractivo por los pechos opulentos y su encanto redondeado remite también (más allá del intercambio amoroso) a una faceta de las interacciones entre las generaciones. La diferencia entre los sexos no puede pensarse sin la diferencia entre generaciones.

Para responder a la pregunta formulada sobre el paso, en una generación, de la búsqueda de la androginia a su inverso (la exaltación de las diferencias corporales), Duret (1999) muestra que para los jóvenes que viven globalmente cada vez más tiempo bajo el

¹¹ El período pionero de esta cirugía data de los años cuarenta a cincuenta, y estuvo marcado por las extracciones de grasa de las caderas para reinyectarlas en los senos. Luego, los años cincuenta a sesenta fueron los de las inyecciones de parafina. Este método tenía como el más serio obstáculo la migración del producto. A partir de los años sesenta, el tercer período estuvo dominado por la afición por las prótesis en silicona. Pero, sospechosas de favorecer la aparición de enfermedades auto-inmunes (como la poli-artritis o la esclerosis), fueron prohibidas en los años ochenta, y reemplazadas por cojines de suero fisiológico. Finalmente, después de enero de 2001, la prohibición fue levantada en Francia, y los implantes en silicona regresaron con fuerza a los servicios de cirugía estética.

¹² Abogar por lo que se es o alegar por lo que se tiene (un bello par de senos) es una manera de reactualizar el viejo debate sobre tener o ser, esta vez centrándolo en el cuerpo.

techo de los padres, el cuerpo se vuelve uno de los raros recursos personales para diferenciarse. Al no concederse la posibilidad de hacerlo accediendo a su autonomía por medio de la descohabitación del medio familiar, se dedican a cultivar su singularidad acentuando las desemejanzas corporales. Los padres se querían andróginos, los hijos tenderán a alejarse de ese modelo dispuestos a aproximarse a los antiguos que imponían la idea de que las funciones “naturalizadas” de cada sexo condicionarían su morfología. Por este motivo, el volumen de los senos contribuye de manera importante al modelado de la nueva silueta femenina.

5.4. El culturismo femenino y el dopaje: ¿hasta dónde ir para ser bella?

Los fisicoculturistas adoptan las normas de belleza que les son propias. Para responder a exigencias siempre más extremas se comprometen actualmente en una carrera para ganar masa muscular. Esta puja concierne tanto a los culturistas masculinos como a las femeninas. El grupo en *body-building* refuerza a la vez la identidad de sus miembros (echando sobre ellos una mirada gratificadora) y al mismo tiempo amenaza su autonomía al determinarles normas estéticas y normas de conducta muy estrictas. El o la culturista está tanto más expuesto(a) a esta “presión normativa” cuanto que la sala representa todo su universo de relaciones.

El reconocimiento interno de la pequeña comunidad de practicantes se paga pues bien caro, pues la admiración que ella otorga nunca coincide con la reprobación del gran público. Incluso campeón(a) de Francia o de Europa, los fisicoculturistas siguen siendo desconocidos, y cuando se los reconoce es no tanto por la belleza ideal que ellos buscan como por ser mujeres por fuera de norma (Roussel, Griffet, 2000). De repente, conviene conceder una importancia particular a los argumentos “internos” que permiten a esas mujeres y a esos hombres transformar el estigma en emblema, y valorizar una actividad sin embargo desprestigiada. Es necesario igualmente preguntarse cómo algunos culturistas deportivos de alto rendimiento resisten a la incitación al dopaje (garantía de adquisición de masa muscular), y tratan de imponer —a reserva de verse descartados de los podios— otra concepción de la belleza. La negativa repetida de seguir una consigna latente como la de doparse, redobla sin embargo las oportunidades de que el o la practicante sea doblemente excluido (por los profanos y por sus pares). Algunas mujeres fisicoculturistas no hesitan en denunciar el músculo dopado como lo “llamativo”, precisamente puesto ahí para satisfacer los criterios de los organizadores de concursos, y no como una verdadera estética¹³. Pero lograr deshacerse de la influencia que tiene el grupo sobre el cuerpo, es para ella un trabajo muy pesado. En un estudio a partir de relatos de vida de mujeres culturistas, P. Duret (2001) analiza por una parte los procesos argumentales que neutralizan o aniquilan el sentido crítico de las personas que caen bajo el yugo de la dominación, y por otra parte cómo algunos logran romper ese torno.

¹³ La belleza en *body-building* reposa sobre una dualidad de criterios: los unos deportivos, estrictamente codificados, y los otros artísticos. De súbito, la disciplina parece condenada a oscilar perpetuamente entre la apreciación artística de los más subjetivos, y la codificación de las formas y propiedades del cuerpo poseídas o no. La vertiente artística supone el libre albedrío del que expone su cuerpo; y cuando se lo mira en la vertiente deportiva, el cuerpo es descifrado a partir de índices rigurosamente establecidos y compartidos (volumen muscular, estriación de los músculos, equilibrio entre la parte alta y la baja del cuerpo).

El dominio reposa sobre tomas afectivas e identitarias que en el grupo le permiten detentar el papel de dominador a todos y cada uno para los otros. Uno mismo puede estar bajo la influencia del grupo y contribuir a jugar el papel para los otros. Entre los culturistas, no se puede de ningún modo buscar la perfección corporal sin doparse; el dopaje reposa sobre argumentos racionales (facilitar el aumento de masa muscular, disminuir los períodos obligatorios de regímenes, acelerar el “secado”¹⁴) y afectivos. En efecto, el dominador hace jugar en su provecho la culpabilidad, la deuda y el imperativo de justificación. Deshacerse de la norma del grupo es presentado como una traición, falta tanto más grave cuanto que la fisicoculturista es mantenida en la idea que ella le debe todo. El imperativo de justificación es devuelto: ya no son los deportistas sospechosos de dopaje los que tienen que justificarse sino los que no han recurrido a él¹⁵. ¿Cómo entonces mostrar que la fidelidad a sí mismo es más importante que la fidelidad al grupo, sin renegar por ello a la consideración de que el grupo lo ha constituido?

Se han establecido muchas operaciones de distanciamiento, de desprendimiento y de relativización adoptadas por esas mujeres:

— mostrar que se tienen otras conexiones; equivale a rehusar una identidad unidimensional definida exclusivamente por el medio culturista. Adoptando el mismo recorrido que el señalado por F. de Singly en *Uno mismo, la pareja, la familia*, buscan visibilizar que ellas siempre son algo distinto a su papel asignado en el club (una retoma sus estudios y lleva sus cursos al gimnasio, la otra tiene un niño, lo lleva igualmente consigo y se hace tatuar un osezno en la espalda). Exponiéndole a las otras culturistas las diferentes facetas de su identidad, estas mujeres exhiben un sí mismo capaz de atravesar muchos universos sociales de los cuales cada uno juega como fuente de autonomía con respecto a los otros. Mostrar que se tienen otras conexiones es además siempre dejar entreabierta la puerta para una reconversión identitaria. La amenaza de soltar presa es eficaz mientras que sea verdad que la dominación sobre alguien se mantiene en la medida en que éste reclusa; el grupo relaja entonces su presión, y renuncia a imponer sus constreñimientos corporales de miedo a que llevando a cabo sus advertencias, la culturista se vaya a otra parte;

— no dar cabida (a la crítica); equivale a no presentar la menor blandura, debilidad o mino en el entrenamiento. Las mujeres interrogadas que rehúsan el dopaje se definen en “batientes” que hacen “al menos tanto como las otras”, y que logran incluso “sacarlas”. Se trata para ellas de mostrar, por una parte, que la fidelidad a sí mismo no es incompatible con la fidelidad al grupo y que, por otra parte, ellas no tienen necesidad de dopaje;

— cuando el marido es también el compañero de entrenamiento, o el entrenador, — en una estrategia señalada por F. de Singly (2000)— ellas niegan la figura de Pigmalión formando a su Galatea. Se trata de desprenderse de la influencia y de la culpabilidad del rechazo, mostrándole al compañero que él la esculpe más por existir él mismo que por desplegarla a ella. La fisicoculturista relativiza la ayuda aportada que se vuelve no tanto sinónimo de generosidad como de búsqueda de un éxito por procuración. Se trata de pedirle que no la vea solamente como culturista; en suma: ser más marido y menos “entrenador”. El sentimiento de su identidad de pareja no pasa ya solamente por la

¹⁴ Es decir el dibujo muscular y el aspecto “desollado”, por disminución de las grasas.

¹⁵ La inversión del imperativo muestra hasta qué punto justificarse es generar siempre poder en el otro. Porque es esencialmente afectiva, en una especie de chantaje a la identidad, la dominación conduce a los fisicoculturistas a dar más de lo que quisieran, e incluso a veces más allá de toda medida. La dominación es completa cuando buscar deshacerse de ella da la impresión de cometer una falta con respecto a su propia moral.

búsqueda común de una bella plástica. Myriam, por ejemplo, está segura en una confirmación de su identidad culturista: “Es seguro, él amaba mis músculos, le encantaban, me prefería bien esculpida y no un poco regordeta”, dice ella. Pero apreciar que se la encuentre bella no quiere decir que ella acepte ser modelada. Las expectativas que se tienen con el compañero evolucionan; lo que constituía su fortaleza, por ejemplo el sostén en las obligaciones que imponía cotidianamente el proyecto deportivo (“es más fácil resistir a dos cuando se hace un régimen, y cuando se saliva ante una publicidad para Bounty en la tele”) se vuelve fuente de críticas (“Sólo me ve como una culturista, sus regalos son cajas de proteínas, gracias ¡super! Incluso con velas, no es verdaderamente romántico”). El conyugue amenaza entonces la identidad de su mujer que ya no es más que su coequípera: “Incluso lejos del concurso, no comemos nunca golosinas el domingo por la mañana; no me sentía libre para hacerlo, si lo hubiera hecho me habría ganado una observación; comerse un cruasán era toda una aventura”. La inconstancia alimenticia vivida en la modalidad de infidelidad conyugal supone el disimulo, la mentira, para preservarse un área de libertad;

— en fin, cuando el líder o el entrenador, o la figura carismática del grupo de los *body-builders* confirmados, hace sesiones de entrenamiento para sus principiantes en la sala (ya se trate de musculación, de *stretching* o de *low-impact*), puede ser conducido ante sus clientes novicios a modelar su discurso sobre el tema de las normas de belleza y del dopaje. La culturista que ha sido cuestionada por su rechazo a doparse puede devolver la acusación mostrando cómo el doble discurso del entrenador rompe con la autenticidad¹⁶. Por tanto, lo que constituía su grandeza y su fuerza, el hecho de ser un culturista que se situaba según la fórmula nietzscheana de alguna forma más allá del bien y del mal, se derrumba. La creación y el modelado de su cuerpo sólo conceden un margen de autonomía con respecto a la moral deportiva, si uno se ha comprometido por entero. En efecto, sólo la autenticidad justifica, e incluso valoriza, la transgresión constituida por la toma de productos anabolizantes¹⁷.

Los cuerpos de los fisicoculturistas como, finalmente, los de los anoréxicos pueden ser definidos como instrumentos privilegiados del trabajo de sí. Plantean, y a la vez responden, a un conjunto de cuestiones identitarias;

— primero, la de la continuidad o de la ruptura en la construcción de sí mismo. Volverse culturistas para estas muchachas ¿consiste en volverse lo que ya eran en germen? (en este caso, el cambio de apariencia saca simplemente a la superficie del cuerpo, a lo visible del ser, una identidad ya presente en sí), o al contrario: ella se vuelve lo que no era (en este caso se trata más de una revelación).

— segundo, la de los medios movilizables para afirmar una identidad amenazada. La musculación, como el régimen, pueden ser actividades de reparación; se trata entonces de construirse por lo que se hace, es decir de transformar su actividad en identidad.

— tercero, también la del “ascenso en singularidad”¹⁸. No se trata solamente de hacer un régimen, o de obtener musculatura, sino de ser la más delgada, o la más musculosa; en los dos casos ser excepcional, ser la única. Pero, para no dejarse llevar por

¹⁶ La acusación de desdoblamiento y de inautenticidad es, en esta subcultura que reposa en una catexización total, la peor crítica que pueda ser proferida; ella no concierne solamente a una reducción de la grandeza (“ved cómo no es tan grande como parece”) sino que encara una refutación del otro, “él no es el que parece ser”.

¹⁷ Una primera condición de la autenticidad tiene que ver con la continuidad entre actos y palabras, entre lo que se dice y lo que se hace.

¹⁸ Tal como lo ha descrito Heinrich N. en *La Prueba de grandeza*, La Découverte, 1999.

el vértigo de la gracia, de la liviandad o de la fuerza, que parece que sólo se le ha concedido a sí mismo,

es preciso saber tener en cuenta los criterios de reconocimiento público. De repente, el desfase entre el juicio que estas muchachas hacen de ellas mismas y el que los otros les remiten, tiene todas las posibilidades de abrir una crisis de identidad como en todas las situaciones donde el sentimiento de lo que se es no corresponde con la imagen de lo que él otro nos envía. La coherencia identitaria (“ser uno mismo”) conduce ora a reivindicar activamente esas distancias, ora a buscar reducirlas.

6. Cuerpos, identidades sexuadas y construcción de los géneros

¿Cómo juega el cuerpo en la construcción de la identidad de género? Volverse un hombre o una mujer no puede ser encarado únicamente bajo el ángulo de la diferenciación biológica, sino que necesita del ser también bajo el de la construcción social del género. “Lo masculino” tanto como “lo femenino” son construcciones sociales. Se puede añadir desde un punto de vista constructivista que las diferencias biológicas son ellas mismas socialmente construidas antes de ser investidas. Lejos de naturalizar los sexos, los investigadores (en particular los estadounidenses y canadienses [Maccoby & Jacklin, 1987] mas que los franceses) se han interesado en esta cuestión y se han habituado a diferenciar la identidad sexuada (ser de sexo masculino o femenino), la identidad de género (las representaciones de sí mismo a través de las categorías de acción definidas como el atributo de los hombres o de las mujeres), y la identidad sexual (las representaciones de sí a través de las prácticas, pero también de los fantasmas sexuales). La feminización o la masculinización de los cuerpos de los dos sexos remiten en espejo a la evolución de los valores de nuestra sociedad. Por tanto conviene, como lo ha notado F. de Singly (1993), desconfiar de la expresión “feminización” de la sociedad que puede significar: sea un alineamiento general sobre los valores femeninos (cuando por ejemplo los hombres utilizan productos de belleza) o alineamiento sobre los valores masculinos (cuando —en otro ejemplo— las mujeres entran en masa en sectores de los cuales estaban anteriormente excluidas).

6.1. El cuerpo y la identidad masculina

Modelos unívocos han servido durante mucho tiempo de puntos de referencia que facilitan la construcción de las identidades masculinas y femeninas. Actualmente, este ya no es el caso. El trastorno identitario en la construcción de la identidad masculina proviene de la profusión de modelos contradictorios. Cuando en una misma actualidad cohabitan figuras de estrellas que celebran la androginia (Leonardo di Caprio, Mickael Jackson) con otras que simbolizan la virilidad triunfante (Bruce Willis, Eric Cantona), las escogencias identificatorias son mucho más delicadas que en los tiempos en que John Wayne y Lino Ventura ofrecían imágenes que concordaban con lo que debería ser un hombre. En un trabajo de campo, Duret (1999) muestra que si bien no hay consenso sobre la apreciación de la virilidad, los atributos físicos que la caracterizan si son bastante homogéneos. Se trataba de preguntarle a una muestra de 1511 jóvenes entre 17 y 23 años (compuesta de 750 niñas y 761 muchachos) que citaran tres atributos físicos de la virilidad. Desde el punto de vista de esos simples indicadores corporales, los jóvenes tienen representaciones más acordes que las muchachas, puesto que los diez criterios que ellos citan con más frecuencia

reagrupan el 98% de sus respuestas (contra el 68% entre las mujeres). Para los varones el músculo, la masa y la fuerza son los signos, los índices, más importantes pues ellos solos reúnen el 44% de las respuestas.

Atributos físicos asociados a la virilidad (por los muchachos)	Número de ocurrencias	Atributos físicos asociados a la virilidad (por las niñas)	Número de ocurrencias
Musculoso	403	Estatura	276
Fuerte	311	Gran talla	257
Macizo	293	Mirada	198
Potente sexualmente	267	Fuerte	182
Duro al mal	210	Musculoso	169
Peludo	180	Hecho adulto	153
Sexo grande	165	Macizo	102
Resistente	151	Mandíbulas cuadradas	81
Impresionante	143	Potencia sexual	69
Gran talla	114	Manos y pies grandes	45

Los resultados de la encuesta muestran que las niñas distinguen tres tipos de cuerpos viriles. Los viriles que dan miedo, los viriles que tranquilizan y los que acumulan belleza y virilidad. Los viriles que dan miedo están caracterizados por cicatrices (interpretadas como signos de violencia). Los pelos tienen un estatuto ambiguo, sea considerados como un horroroso signo de animalidad (“tiene tantos pelos que se lo debería meter en una jaula”), sea por el contrario que ellos remiten al mundo de la infancia y los peluches (“mi amor es un verdadero osito de peluche”). Pero las jóvenes logran más fácilmente que los varones desprender la virilidad de los criterios corporales. Para ellas se trata ante todo de una cuestión de carácter. Globalmente, para los jóvenes, por el contrario, no se puede de ningún modo pretender ser viril sin tener un cuerpo que le permita hacerse respetar. Las funciones del cuerpo viril están claramente diferenciadas en función de los grupos sociales (ver capítulo 1). Para los muchachos de orígenes populares, el músculo buscado es el músculo útil, que se opone a la pura apariencia. Sin abandonar sistemáticamente los estereotipos del cuerpo viril, los jóvenes de medios más favorecidos encuentran otros terrenos de expresión de su virilidad que el del enfrentamiento físico privilegiado en los grupos populares.

6.2. El cuerpo en la construcción de la vida en pareja

El cuerpo entra en juego de manera compleja en las diferentes etapas de la vida de pareja. Desde la escogencia del cónyuge, la elección recíproca se quiere una emancipación de las normas sociales y del peso de las apariencias (“nos hemos reconocido más allá de las apariencias”), pero funciona como su confirmación (Bozon, 1991). Desde que se establecen las relaciones sexuales valen también por su complejidad. Por una parte, “hacer

el amor” —como lo indica la expresión— es un momento de construcción de la relación. Por otra parte, es para cada “participante” un tiempo de descubrimiento de sí. Finalmente, la experiencia comporta potencialmente el riesgo de apropiación de su cuerpo por parte del otro si el consentimiento no es sin reserva, o peor, si el rechazo es traspasado. A este título, el cuerpo ejerce una empresa contradictoria en los debates feministas; a la vez es fuente de atracción y de desconfianza.

De atracción por que él abre la puerta de una crítica virulenta frente a la violencia sufrida por las mujeres; en efecto, es el lugar de inscripción de esta violencia, el lugar de la desposesión de las mujeres como sujeto. Ellas van pues a negarse ser consideradas como objetos que se pueden poseer. La historia de la violación (Vigarelli, 1998) testimonia de esta lenta evolución. “Rapto con violencia”, la violación es sobre todo considerada hasta el siglo XVIII como una afrenta hecha a la propiedad del marido o del padre. Muy progresivamente, la mujer va a tener el papel de víctima, pero fue solamente cuando el marido mismo pudo ser sancionado con la aparición reciente de la categoría jurídica de “violación conyugal”¹⁹ que se reconoció el derecho de la mujer a disponer de su cuerpo.

De desconfianza puesto que el cuerpo representa el último bastión que hace difícil la extirpación del naturalismo siempre ahí para reafirmar la existencia de una “condición femenina” anhistórica y esencializada.

Los movimientos feministas muy activos en los años setenta han ante todo cuestionado los poderes de control, del estado, de las corporaciones médicas, de las autoridades religiosas, y de los jefes de familia que privaban a los principales interesados del derecho a disponer de su cuerpo. Su acción buscaba ante todo el dominio de la sexualidad y la “liberación” sexual. Con la contracepción y la interrupción voluntaria del embarazo, se trataba para las mujeres no solamente de tener niños cuando ellas lo quisieran sino también de hacer el amor más “libremente”. Las encuestas nacionales sobre las prácticas sexuales de los franceses (Spira, Bajos, 1993; Lagrange, Lhomond, 1997; Bajos, Bozon & col., 1998) muestran que los hábitos sexuales se han transformado más en la seducción que en las relaciones sexuales. La primera relación sexual parece siempre organizada por la oposición entre los muchachos que viven ese cuerpo a cuerpo como una prueba, una iniciación y un aprendizaje, mientras que las niñas aspiran en mayor número a tener una relación afectiva total (Bozon & Heilborn, 1996; Lagrange, Lhomond, 1997). Sin embargo, los resultados de una encuesta de 226 liceístas y estudiantes muestran que los mujeres aceptan gustosas escoger viendo fotografías de cuerpos masculinos por su belleza y su atractivo sexual (Duret, 1999). Escoger un amiguito en términos “de atracción corporal” hace parte hoy de los deseos legítimamente expresables por parte de las chicas. Los resultados evidencian que ellas operan (y asumen operar ante el investigador) la distinción entre “para una noche” y “para la vida”; del tiempo corto del encuentro pasajero al tiempo

¹⁹ Sin embargo, la distancia del grado de judicialización en las querellas privadas sigue siendo importante entre los consejos prodigados por las feministas estadounidenses y las de las feministas francesas. Las primeras tiene un umbral de recurso al proceso mucho más bajo que las segundas. Este desfase se reencuentra también en las cuestiones públicas como el “sexual harassment” <acoso sexual>. La interpretación de esta diferencia da lugar a críticas cruzadas. Las feministas gringas suponen que las mujeres francesas han interiorizado a tal punto su dominación que se dejan mangonear (Cope Saguy, 2001). Las feministas francesas alientan la denuncia de este tipo de agresión, pero llaman la atención sobre los efectos del rebajamiento extremo del umbral de judicialización (Hirata, Laborie & col., 2000) <Elisabeth Badinter ha producido un alegato vehemente contra el feminismo radical que ha dejado de luchar por la igualdad para encasillarse en la postura victimista. Bien vendido en Francia, en lengua española ha sido casi ignorado: *Por mal camino*, Madrid: Alianza, 2004. Paláu>

largo de la vida de pareja, la importancia de la dimensión sexual de los recursos corporales disminuye. Igualmente, las jóvenes están dispuestas a escoger fotos de un muchacho para una noche, pero se niegan pronunciarse a partir de tales índices sobre la eventualidad de una relación a largo plazo.

Con respecto al tema de la transición de los jóvenes hacia la sexualidad genital, las encuestas sobre el análisis del comportamiento sexual de los franceses y de los jóvenes (ACSF, ACSJ) muestran que las experiencias que llevan del primer beso al coito son mucho más diversificadas, e individualmente mucho más progresivas. Todo un repertorio de caricias descubiertas con compañeros sucesivos convierte a este pasaje en algo mucho más paulatino. Pero la sexualidad toma también una dimensión nueva en la vida de la pareja casada. Hasta ayer casi considerada como un atributo inherente al estatuto matrimonial, se vuelve en la actualidad una experiencia personal e inter-personal que hay que construir (Bozon, 2002). El autor muestra los desfases aún importantes en la concepción de la sexualidad para los hombres y para las mujeres. Los hombres colocarían más que las mujeres el valor de su propia sexualidad en el número de cuerpos-objetos poseídos mientras que las mujeres se aferrarían más a la rareza de la relación. Bozon concluye sin embargo que existe un aumento muy progresivo de la norma de reciprocidad en materia de infidelidad conyugal. Este reequilibramiento parcial es sin embargo insuficiente para poner totalmente un término al doble estándar prohibidor y severo para la mujer infiel, permisivo y tolerante para el hombre infiel. Otros autores sostienen que la sexualidad puede estar desconectada de la fidelidad auténtica de la vida de pareja. Por ejemplo, B. Russel (1985) en su ensayo *El Matrimonio y la moral* defiende —para condenar el divorcio— los amores adúlteros pasajeros y centrados sobre los placeres corporales. Así mismo, A. Giddens (1993) sugiere que la fidelidad no es necesariamente sinónimo de exclusividad sexual. La tolerancia mutua sería de rigor cuando la distancia pasajera reposase sobre una aventura que únicamente comprometiera el cuerpo. Nos podemos preguntar —al leer estas tomas de posición—, si predicar a la vez la libertad sexual y la fidelidad sentimental no supone una disociación caricaturesca entre experiencia “puramente” física y experiencia amorosa. En suma, se les puede reprochar a los autores su ingenuidad, o su falta de distanciamiento, puesto que ellos retoman por su cuenta la disociación machista²⁰ entre el placer y el amor, entre el adulterio percibido como una simple higiene y la conyugalidad, lugar de una relación completa.

Por el contrario se puede suponer, con F. de Singly & Chaland (2001), que la sexualidad —como momento importante en el conocimiento de sí en la mirada del otro— no puede ser vivida como una simple conquista sin costos a nivel del cuestionamiento del vínculo privilegiado con el cónyuge²¹. La fidelidad pone en juego la seguridad ontológica

²⁰ Las encuestas sobre el comportamiento sexual de los franceses, llevadas a cabo a comienzos de los años noventa, hacen aparecer sobre esta cuestión diferencias tajantes. Dos tercios de los hombres están de acuerdo con la idea según la cual “se puede tener relaciones sexuales con alguien, sin amarla”, mientras que dos tercios de la mujer la desaprueban.

²¹ A este respecto, el retroceso sensible en una generación del recurso a la prostitución ofrece tres lecturas contradictorias. Se puede o ver una prueba indirecta de la falta de pertinencia de la disociación placer/amor. Pero también se puede interpretar esta disminución como un índice de la generalización de los caprichos extra-conyugales haciendo de repente inútil el recurso a la prostitución. En tercer lugar, se puede ver en este retroceso un rechazo por parte de los hombres de declararse vencidos, es decir incapaces de acceder a una relación sexual sin comprarla. 5% de los hombres de 20 a 29 años interrogados en 1992 declaraba haber recurrido a ella en los cinco últimos años (según la encuesta ACSF hecha a 20.055 personas), mientras que en

y el cuerpo no puede ser tan fácilmente dissociado de la identidad. Es la misma lección teórica y práctica que se puede sacar con de Singly de su *Por la ruta de Madison*²².

Una transformación importante en las condiciones de ejercicio de la sexualidad tiene que ver también con la prolongación (conjuntamente precocidad y longevidad) de la vida sexual, mucho más marcada para las mujeres que para los hombres (Bozon, 1999). Si en 1970, 50% de las mujeres en pareja habían tenido una relación sexual en el año, en 1992 le ocurre al 80% de ellas. Esta prolongación de la vida sexual conyugal es tanto más notable cuanto que la mujer que está envejeciendo se encuentra colocada en una situación cada vez más desigualitaria con respecto al hombre. Mientras que las arrugas no contradicen el ideal viril (“el bello viejo”), condenan las que se refieren a los estereotipos de frescura y de juventud de la belleza femenina. Simone de Beauvoir constataba que a partir de una cierta edad las mujeres para los hombres ya no tienen edad (no por una especie de galantería que las incitaría a callársela) sino porque muertas para la sexualidad ya no envejecerían. La autora denuncia la barbarie de la sociedad que en suma empuja a las mujeres a una muerte simbólica desde que no pueden ya restaurar la apariencia de su juventud. De este modo, si el cuerpo del hombre y de la mujer no envejecen a la misma velocidad, las mujeres (incluso aunque vivan más tiempo) envejecen en peores condiciones. Experimentan lo que K. Woodward (1999) llama “la invisibilidad” y no salen de ello sino para ser mostradas con el dedo como portadoras de los “estrags del tiempo”.

6.3. Transformistas, *Queers* e identidades flexibles

Las personas están confrontadas a la clasificación categorial de su práctica sexual en términos de heterosexualidad o de homosexualidad. La corriente homosexual —como lo ha notado L. Bersani (1995)— está escindida por una doble tensión, que opone por una parte a los que desean construir una identidad gay y los que se niegan a esta identidad comunitaria, y por la otra, entre los que buscan la asimilación por medio de la discreción y la reserva en la expresión de su diferencia, y los que hacen de su exposición una condición primordial. Los *Queers* rechazan la oposición binaria entre heteros y gays. El proceso militante de los *Queers* (Bourcier, 2001) ya no se satisface con un contra modelo homosexual para oponer de manera maniquea al de la heterosexualidad. Se niegan igualmente a guardar en secreto su orientación sexual. La discreción que busca evitar una discriminación negativa, la denuncian como una interiorización de la estigmatización. La “queers theory” da un lugar importante en su cuestionamiento, a la flexibilidad: fuente de extensión de la identidad. Así como las normas heterosexuales son juzgadas como una limitación reductora por los homosexuales, atenerse a una identidad gay o lesbiana va a ser a su vez vivida como un freno para los queers. Toda tentativa por estabilizar la identidad será entonces criticada como proyecto mutilador. Los sujetos en este movimiento no tienen que escoger de manera definitiva y rígida entre masculino y femenino. La identidad sexual (tanto como la identidad de género) pasa entonces por simples orientaciones construidas, sobre las cuales se puede jugar. Mientras que las “locas”, los “travestis” y la “drag-queen”

1970, para la misma franja de edad, el 25% de los hombres interrogados decía haber tenido relaciones sexuales con prostitutas.

²² En la novela de R. Waller, la heroína Francesca, esposa de un granjero y madre de dos niños, encuentra a un fotógrafo Robert Kinkaid. Viven una breve pero fulgurante pasión que es fuente de una revelación identitaria cruzada para el uno y el otro. Ella permanece con su marido por sentido de las responsabilidades familiares, pero incluso aunque no vuelva a ver jamás a su amante, comparte su existencia con él.

no dejaban de ser denigradas por algunos homosexuales que sólo veían en ellas caricaturas exuberantes susceptibles de aportar agua al molino de los “anti-homos”, los partidarios de las identidades transformistas serán defendidos por los queers que se la verán con sus detractores mostrando cómo la homofobia puede llegar a estar viva en el seno mismo de la corriente homosexual. Se trata entonces de convertir el estigma en emblema. El cuerpo es una herramienta de estilización de la diferencia de identidad sexual a menudo indispensable, como lo ha sugerido M. Pollack (1993), para la construcción de una fuerza de contestación. En la *Gay Pride*, por ejemplo, los manifestantes protestan con su cuerpo y no solamente con banderolas y con panfletos. No se contentan con ser numerosos sino con mostrar sus particularidades. La procesión, en vez de sólo dejar ver cuerpos cercanos del modelo del joven efebo musculoso, desgrana una larga sucesión de diferencias. Los Queers no hesitan en criticar la idolatría de los gays “*mainstream*” <de la tendencia prevaleciente> por los cuerpos musculosos y los modelos idealizados de la belleza física masculina.

P. Gaud (2002), en una aproximación sociológica hecha de observaciones, señala tres grupos de transformistas:

— en el primero, el travestismo conduce simplemente a un disfrazamiento logrado. El cambio de apariencia se alimenta sobre todo de desafíos que se lanza la persona para saber si ella va a lograr hacerse pasar por otra. En este juego sobre la apariencia, no se trata de devenir otro sino de “pasar por”. Los actores concernidos se contentan con borrar signos corporales y con ofrecer otros sin arrastrar por ello transformaciones de su identidad sexual inicial. Por ejemplo, los sujetos observados expresan su repulsión a que un hombre pueda dejarse penetrar, signo para ellos de una degradante pasividad. Incluso disfrazados de mujeres, marcan su masculinidad a través de sus prácticas sexuales. Si son solicitados por hombres estas “mujeres de noche” conservan pues su orientación sexual: “le anuncio que soy un varón, que tengo un pito y que le va a tocar jugar con”, “le digo que tengo mi antena y que la tengo para servirme de ella” (Gaud, 2002). La identidad sexual, como la identidad de género están pues fijados al polo masculino;

— un segundo grupo presenta identidades más flexibles. La travestidura permite no solamente pasar por una mujer y ser deseada como tal, sino además desear como tal. Apariencia, identidad sexual e identidad de género son concordantes. Estos travestis no soportan que se los llame “él” ni que se les hable en masculino. En sus momentos de travestidura, obligan a sus prójimos a cambiar de actitud a su respecto, a considerarlos y tratarlos como mujeres. Estos períodos de inversión están marcados por dos características principales: son breves pero frecuentes; se desenvuelven por fuera de la célula familiar. El travesti se siente mujer el tiempo del travestimiento, pero reintegra su identidad anterior desde que lo deja;

— en un último grupo finalmente, la identidad se estabiliza en el polo femenino. Si en los dos primeros grupos los momentos festivos constituyen por excelencia los tiempos del travestimiento, en el tercero el travesti puede dotarse de una apariencia femenina por un largo período. Gaud traza el retrato de un(a) “Tootsie” que ha hecho su carrera profesional en tanto que mujer. Durante largos años se ha apresurado todas las mañanas para ir al trabajo. En continuidad con este tipo de travestismo, la transexualidad conduce a poner en conformidad su cuerpo con el sentimiento de su identidad profunda. Las operaciones le permiten a los transexuales y a los transexuales “*she-male*” o “F.M” (*female to male*) volverse lo que se perciben ser ya. Los transexuales interrogados justifican su práctica describiendo su alma de mujeres encerradas en un cuerpo de hombres; se consideran más mujeres que muchas mujeres.

6.4. El cuerpo deportivo y la socialización de género

6.4.1. Los cuerpos deportivos como portadores de identidad

El deporte es sin duda aquella de las prácticas sociales donde se expresa más abiertamente la socialización de género (Cole, 1999; Messner, Mc Kay, Sabo, 2000). Incluso si la tasa de la práctica deportiva femenina ha alcanzado casi la de los hombres, hombres y mujeres están lejos de comprometer su cuerpo en los mismos tipos de actividades (Mignon, Truchot, 2001). Algunos como el rugby o el boxeo constituyen conservatorios de los valores viriles; otros como la danza o los deportes sobre el hielo sirven de vitrina a lo femenino, otros finalmente como el tenis son más ambivalentes.

En el boxeo y en el rugby, el cuerpo magullado y adolorido da testimonio de la rudeza de los golpes y celebra al combatiente. Sin embargo, incluso en estas dos prácticas son claramente perceptibles transformaciones en la imagen de los campeones. En boxeo, Cassius Clay (alias Mohamed Ali) operó una ruptura decisiva. Hasta él el cuerpo tenía por imperativo sufrir, la sangre derramada era a la vez signo de barbarie para el profano y signo de heroísmo para los adeptos. Pero Cassius Clay logró extraer —como lo muestra A. Rauch (1992)— una belleza plástica de la escena brutal. Particularmente excelente en esquivar, termina sus combates sin que los golpes lo marquen. Su rostro indemne que contrasta con las “jetas rotas” de los otros boxeadores, ya no inspira miedo sino una tal fuerza que nadie puede herirlo. No parecen ser los golpes los que tracen los contornos del cuerpo del boxeador.

En el rugby, para estar bien plantado cuando se está “adelante”, es decir un viril entre los viriles, es indispensable imponerse físicamente a los adversarios, incluso a los de la retaguardia de su propio equipo. Sin embargo, Saouter (2000) subraya la doble naturaleza del toque que hace del rugby un deporte de combate y un juego carnal. Las refriegas y los reagrupamientos son el objeto a la vez de un contacto agonístico con el adversario, pero también de una relación fusional con el compañero. El cuerpo a la vez esquiva y se suelda. La dimensión erótica del contacto ciertamente está esfumada en provecho de un cuerpo que sólo tiene una realidad funcional. Si no le sería imposible a los rugbymen meter su cabeza entre las piernas de sus coequiperos, como ocurre en el momento del trenzado. Las apariencias de los jugadores de rugby evolucionan, pues nuevas figuras menos cargadas de signos masculinos aparecen progresivamente. Hasta los años ochenta, las líneas adelante del XV de Francia parecían sólo compuestas de “bestiales”, como se dice en el lenguaje indígena. Entre esos grandes modelos con los que el grupo podía siempre contar en caso de trifulca, la historia del Rugby no olvidará a Estève & Palmier, los dos segundas líneas gigantescas de Béziers, apodados respectivamente el “ogro-soso” y el “dinosaurio” tanto a causa de su manera de correr como por su apego a los valores “arqueo-masculinos”. Pero Rives & Skrella, las terceras líneas elegantes, de cabellos largos, valientes pero de vueltas y revueltas vinieron en la corriente de los años ochenta a nublar esos estereotipos. En los años noventa, siluetas menos espantosas ganan las líneas de adelante. Tener la nariz quebrada, cicatrices, una barba de tres días y un short demasiado grande, ya no son criterios que se juzguen indispensables para ser un buen delantero. Ciertamente, internacionales como Merles (que pesaba más de 120 kg y apodado el “grande”) continuaron haciendo la limpieza en las trifulcas, pero otros, como el poste Califano, han aceptado servir de maniqués para desfiles de moda, adoptando una conducta juzgada hasta entonces como inconveniente con respecto a su virilidad.

En el polo opuesto del rugby, el patinaje artístico es practicado por mujeres que buscan la gracia. Las campeonas de referencia Peggy Flemming para los años setenta, Katerina Witt para los ochenta, e Isabelle Dushesnay par los años noventa, han tenido en común privilegiar los criterios de juicio artísticos con respecto a la cotización de los elementos técnicos. Por esto la dificultad de Surya Bonaly para imponerse a pesar (o a causa) de su musculatura, a pesar (o a causa) de sus proezas técnicas siempre criticables en tanto que patinaje “a la mozo soltero y guapo”. Considerada potente pero sin estética, ella ha pagado los costos de su falta de feminidad (Duret, Trabal, 2001).

La evolución de la danza a través de sus modalidades de calle (hip-hop, rap) ha deconstruido parcialmente la oposición binaria entre la fuerza masculina y la gracia femenina. Este baile no está reservado a los jóvenes que han renunciado a su virilidad; los cuerpos que han encontrado no son necesariamente andróginos. Estos bailarines reivindican su virilidad a tal punto que ser considerados como un “king-jumbo-J” (rey de los fornidos) es un cumplido buscado, mientras que hacerse tratar de “queen Candy” (reina del confite) constituye una burla ofensiva que reclama reparación. Estas modalidades danzadas se construyen en oposición a las representaciones de la danza “pequeña-rata-entonelete-talón-punta” (Bazin, 1995). El cuerpo que baila ya no es incompatible con el cuerpo guerrero. La estetización ya no es sistemáticamente sinónimo de afeminamiento. La colocación de forma es menos incompatible con la colocación de fuerza.

6.4.2. El cuerpo femenino capitalizando en modelos del otro sexo

C. Mennesson (2000a, 2000b) se dedica a analizar la construcción de identidad de las mujeres invertida en deportes de tradición masculina.

A propósito de las boxeadoras, ella muestra precisamente el papel de lo que ha sido incorporado desde la infancia, ya sea bajo la forma de hábitos, de recuerdos, de emociones o de experiencias, y cómo esas acciones pasadas juegan en la construcción de las acciones presentes. Si todas las participantes consideran su primer encuentro con el boxeo como una revelación, no obstante la autora desprende dos principales contextos de descubrimiento de la actividad:

— en el uno, las jóvenes son confrontadas de manera relativamente fortuita, estando invitadas por ejemplo al espectáculo de una competencia por un o una amigo(a), o también porque la actividad hace parte del *curriculum* de las disciplinas enseñadas en su universidad. Estas boxeadoras, sensibles a los aspectos técnicos y estéticos de los asaltos, no están atraídas de ninguna forma por los puños que buscan una eficacia combativa máxima;

— en el otro, la participación en los deportes de combate es el resultado de una iniciativa más directa. Estas chicas no ocultan su interés por los golpes dados en el kick-boxing o en el box thai. No le tienen miedo ni a recibirlos ni a darlos pues es precisamente lo que vienen a buscar en la actividad, a reserva por lo demás de ser con frecuencia penalizadas en combates por falta de control. Metidas en el asunto mucho más precozmente que las del primer grupo, les gusta la mixtura y la multipráctica de diferentes disciplina de boxeo “hard”.

A nivel de la construcción de género, los resultados de la investigación muestran acá aún una dualidad identitaria. De una manera general, todas las boxeadoras marcan su

distancia con la mujer frágil. Si la mayoría desea tener hijos, nada las apremia. La experiencia de las mujeres boxeadoras ilustra completamente a la vez la reproducción de la dominación masculina y una puesta a distancia de la concepción tradicional de la feminidad. Por esta razón, las boxeadoras francesas²³ se distinguen de las otras. En efecto, seis de las siete practicantes interrogadas se definen de buena gana como “mujeres liberadas”. Para luchar contra los papeles tradicionales de género, las mejores desde el punto de vista competitivo hacen jugar su nivel de práctica contra “las limitaciones” del sexo. Tener el derecho de entrenarse suficientemente cuando se busca el alto nivel, es un derecho que se les concede a lo(a)s combatientes independientemente de su sexo. Lo que supone por parte de su entorno que él acepta una (relativa) repartición de las tareas domésticas para liberarles el tiempo que consagran a su preparación.

Las participantes de boxeo duro (en particular, cuando viven o han vivido con su entrenador) tienen por el contrario una visión tradicional de los papeles de género. C. Mennesson muestra que la clave explicativa de esas diferencias tiene que ver frecuentemente con el ambiente impulsado en los clubes por los instructores técnicos del boxeo “fuerte”, que suscriben concepciones tradicionales de la feminidad.

En *Mujeres en el mundo de los hombres* (2000), la autora prosigue sus interrogaciones sobre los procesos de construcción de la identidad sexuada de las jóvenes que entran a universos deportivos ampliamente dominados por los valores masculinos como son: el fútbol, el boxeo y la halterofilia. A partir de una cincuentena de entrevistas biográficas y de observaciones como espectadora o participante, C. Mennesson muestra cómo los procesos identitarios se realizan en el juego entre el pasado (incorporado como sistema de disposiciones potencialmente modificables) y el presente, y sus lugares de socialización secundaria. Le pone una atención comparativa particular al contexto institucional de esas prácticas. Sí, hasta hace poco, el fútbol femenino estaba poco valorizado por la federación, de manera opuesta a la federación de boxeo francés que juzgaba esencial para su desarrollo el aporte de la práctica femenina. De donde resulta, frente a la desconfianza de los futbolistas, que las futbolistas se familiarizan con situaciones de “homosociabilidad”, contrariamente a las boxeadoras y a las halterofilias que evolucionan principalmente en situaciones “heterosociales”. La otra característica en la mayor parte de las boxeadoras y de las futbolistas es una socialización “invertida” ligada a la participación, desde la más tierna infancia, a las actividades de los muchachos. Estas disposiciones familiares que orientan las trayectorias hacia “deportes masculinos” toman cuerpo tanto más seguramente cuanto que la niña ocupa en la familia el sitio de un muchacho “que querían los padres”, o que la socialización ha sido realizada por hermanos. Estas chicas operan un doble demarcación: a la vez el de los estereotipos de una feminidad considerada tradicional, y el de la masculinidad. La autora revela entonces los rasgos identitarios, contradictorios, donde las aspiraciones innovadoras no han evacuado totalmente las tomas de posiciones “esencialistas”. Desprende cuatro principales formas identitarias (“las verdaderas mujeres”, las mujeres “al menos”, las mujeres “presentables”, las mujeres “en su cabeza” próximas de la muchacha varonil). Las “verdaderas mujeres”, opuestas a las “mujeres en su cabeza”, pueden apropiarse la actividad sin renegar de su identidad femenina.

Este trabajo, que aclara en cuanto a los lazos entre socialización primaria y secundaria, encuentra su pareja en el que realizó P. Roussel sobre “el cuerpo femenino

²³ Es decir que practica el boxeo francés.

<físico>culturista” (2000). Este último muestra en efecto que la apariencia física de las mujeres culturistas no es un simple trueque de los signos femeninos contra otros masculinos. No se trata de una pura permutación de las normas estéticas. Se opera entonces un trabajo sobre los límites del género haciendo coexistir masculinización y feminización en la apariencia. Los senos “siliconados” y el maquillaje abundante son, por ejemplo, dos marcadores de feminidad corrientemente empleados para contrabalancear la virilización aportada por músculos masivos. El rostro representa en último lugar la sede última de la identidad de sexo. El autor lo demuestra haciendo test fotográficos. Entre las fotos de cuerpos femeninos musculosos a un mismo nivel, las mujeres culturistas rechazan los que presentan una cara masculina (mandíbula cuadrada...) para encarnar la belleza ideal.

El estudio de las mujeres culturistas permite plantear dos preguntas importantes concernientes al cuerpo en la construcción identitaria. La primera es la de la continuidad, o de la ruptura, en la construcción de sí: ¿para una mujer, comprometerse con el culturismo consiste en volverse lo que ya estaba en germen? En cuyo caso sólo se trataba de un cambio de apariencia haciendo remontar a la superficie del cuerpo, a lo visible del ser, algo que ya estaba en ella. O por el contrario ¿no será buscar ser lo que no se es? Los resultados muestran que se trata más bien de un trabajo en continuidad y no en ruptura. La segunda pregunta es la de la reversibilidad del compromiso. Esta búsqueda del músculo es un ir simple hacia lo masculino, o un viaje en el que es importante poderse regresar. Las culturistas femeninas se lanzan con tanta menos prudencia en un proceso de aproximación a la frontera de lo masculino cuanto que ellas piensan que se podrán alejar de ella cuando les provoque. Por ejemplo, durante el período competitivo aceptan (en este juego de Yo-Yo identitario) un cambio de estado provisional, pilosidad superabundante, rebaja del timbre de la voz, disminución de los senos, aumento de la masa muscular²⁴. Estos períodos de transformaciones tienen repercusiones de conjunto a nivel de la erogenización del músculo. El trabajo sobre el músculo construye el cuerpo femenino como un referente sexual ambivalente, permitiendo seducir y/o rechazar los dos sexos. Así, el mantenimiento o no de una plástica de desollada (“seca”) o de un volumen muscular importante después del período de los concursos, constituyen índices que aclaran las relaciones que mantienen estas mujeres con su propia sexualidad.

Las diferencias entre los sexos se inscriben en el cuerpo deportivo, y las mujeres que hacen carrera en los deportes de tradiciones masculinas interrogan no solamente la jerarquía entre los sexos sino también la fijeza y la asignación identitaria a un papel sexuado. No todas cuestionan la definición de feminidad. Sin embargo, las mujeres culturistas —al mismo tiempo que dan fe de la validez de las oposiciones masculino/femenino— desean escapar a este sistema binario, situándose como inclasificables y capaces de un juego de aproximación/alejamiento con respecto a la frontera de los sexos.

²⁴ Otras tantas transformaciones ocasionadas poco o mucho por la toma de dopadores.

Conclusión

Al término de esta obra, estamos en condiciones de comprender mejor el papel presentado por el cuerpo en nuestra sociedad, así como el lugar ocupado por este objeto en la sociología. Que sea descrito como permitiendo la interiorización de las estructuras sociales, como instrumento de la interacción, o como fuente de apropiación del mundo sensible, el objeto-cuerpo remite siempre a diferentes paradigmas que lo estudian. Considerarlo como un conjunto de hábitos de clase, o inversamente: como independiente del marcaje social, conduce a oposiciones bipolares caricaturescas entre, en un extremo un cuerpo que sólo sería el producto de lógicas sociales que rebasan al individuo, y en el otro un individuo asimilado a su cuerpo en tanto que pura construcción autónoma. Para superar esta aporía, se trata de remarcar hasta qué punto hoy diversas formas del proceso de socialización alientan el trabajo sobre el cuerpo como un factor de individuación²⁵. El cuerpo es presentado como un lugar de descubrimiento de sí, incluso si este descubrimiento es también el de su relación personal con los códigos y las normas.

La gestión de la identidad a través del cuerpo pasa en cada uno primero por la afirmación de su propiedad, y el derecho de disponer de él a su antojo. Actuar sobre su cuerpo equivale a tomar posesión de sí mismo. La marca de la individualidad está aportada por el cambio corporal que signa la construcción personal. El cuerpo es el primer punto de anclaje donde el individuo se construye. Que se trate de los músculos en *body-building*, de las perforaciones y las joyas, del *piercing*, del maquillaje, del travestismo o —para un número mucho más grande de nosotros— del régimen alimenticio y del *jogging*, todos esos atributos y todas esas prácticas buscan la celebración de un sí mismo soberano (a reserva de seguir la moda²⁶) por medio de un encargarse del cuerpo. El cuerpo (más aún que el deporte) contribuye a un mito igualitario que mantiene la ilusión según la cual (más allá de nuestros orígenes sociales) estaríamos acá en un pie de igualdad. La distribución desigual de la belleza no contradice esta representación, puesto que ella se emparenta con el resultado de un sorteo de lotería, que puede contrabalancear las jerarquías sociales. Pero incluso aquí, le correspondería al individuo regresar sobre la mano <repartida> inicial.

Por sus posibilidades de transformación, el cuerpo facilita también las identidades flexibles. Cambiar de apariencias conduce a cambiar de personalidad; es el sí mismo en su globalidad el modificado entonces. Darse un nuevo “look” significa no solamente rediseñarse, sino también reconstruirse desde el interior. Estas modificaciones no tienen con frecuencia nada de definitivo. Así ocurre en los sujetos acostumbrados a grandes variaciones ponderales que alternan ascetismo (régimen, entrenamiento físico) y hedonismo (festividad, guardar la balanza) (Duret, 1999). En una sociedad de gran estructuración individualista, el cuerpo puede pasar por ser el último camarada. Sólo deviene problemático cuando las modificaciones que autoriza ya no son suficientes para llenar las expectativas de transformación de los sujetos. Entonces se lo percibe como “un estorbo fardo” del que uno puede tratar de desprenderse por ejemplo en la Internet, exhibiendo en el ciberespacio identidades artificiales (Le Breton, 1999). De la apología del cuerpo a su negación aparece el mismo rechazo de una identidad fijada que permite explicar conductas

²⁵ La evolución de los contenidos propuestos por los centros de vacaciones, los *spas*, son un buen ejemplo de ello.

²⁶ Estas exigencias individuales están por supuesto adosadas a normas sociales que valorizan la prolongación de la apariencia joven. Obligan al individuo tanto como que ellas no lo emancipan.

aparentemente contradictorias, las que buscan una transformación incesante del cuerpo como las que rebuscan su liquidación.

Por ejemplo, el cuerpo sólo permite tranquilizarse sobre lo que se es cuando la imagen que se ofrece para ver corresponde con la idea que uno se hace de sí mismo. Los cambios del cuerpo se vuelven una amenaza cuando esas transformaciones no son deseadas sino sufridas, como es el caso del envejecimiento. Ponen en crisis la identidad del aquel que, bien instalado en la convicción de permanecer idéntico al que ha sido, se ve cambiar. Pérdida de los cabellos, gordura, abatimiento muscular, hacen que el ser que contemplo en el espejo sea otro. Ahora bien, sin embargo el extranjero que ha tomado el sitio soy yo. Esta lenta pero inexorable evolución es propia para volver a lanzar la cuestión de la identidad. Este fenómeno se vive con mucha frecuencia de manera episódica en los hombres, mientras que para la mujer la imagen parece determinar más directamente la posición en el mundo social de las mujeres donde no es solo cuestión de pertenencia social o de capital cultural, sino de clasificación estética y de categorías de edad. La esposa y la abogada comparten el temor de ser colocadas en la categoría de las “feas”, de las “espantajos”, “de las morcillas”, y más aún: en aquella fatal de las “viejas” (incluso si no disponen de los mismos recursos para escapar de ello o para relativizar esta clasificación).

El trabajo de ajuste entre las transformaciones corporales y uno mismo, no depende más que en parte de su posición en el espacio social, y más seguramente aún de los valores adquiridos por la socialización y la experiencia de los individuos que determinan una más o menos grande asimilación de su cuerpo a su persona. Finalmente, de una manera global, el suplemento de escucha concedido al cuerpo refleja el sitio preponderante dejado a un individuo más sensible a su bienestar, pero también más vulnerable a su fragilidad.

Fragmentos presentados para la conversación del mes de febrero de 2019,
en los martes del pensamiento en francés, mediateca A. Rimbaud de la
Alianza francesa de san Antonio, Medellín.